

FRAGMENTOS DE IMPERIOS: LOS PROCESOS NACIONALISTAS MEXICANO Y UCRANIANO

Juan Rodríguez Cuéllar
Historiador

RESUMEN

Se busca en este artículo analizar el conflicto ucraniano desde una perspectiva comparativa, abordándolo desde un planteamiento en el que lo político está inserto en una constante dialéctica imperial y estatal. La comparación toma como elementos de análisis en un primer momento a los imperios fraccionados de la monarquía hispánica y la Unión Soviética, para pasar en un segundo momento a exponer los procesos derivados de nacionalización dados en México y Ucrania. Podemos constatar que en estos procesos fraccionadores y

propagadores de las ideologías nacionalistas están inmersas las luchas por la hegemonía entre imperios, en especial del imperio anglosajón que, dentro de la imposición de un orden liberal, ayuda a propagar los nacionalismos como instrumento desestabilizador y de neutralización de Estados adversarios. Analizamos si el agente desestabilizador en Ucrania ha sido el neofascismo como defiende la parte rusa o más bien el nacionalismo, impulsado y favorecido por agentes externos de terceras potencias interesadas.

Los procesos de fragmentación desde los que se incubaron México y Ucrania han llevado, de la mano del nacionalismo, a configurar unas sociedades políticas que en su relato fundacional cortarían todo lazo de relación con la identidad imperial pasada pasando a sustantificar una serie de rasgos vinculados con el Estado-nación como eje de partida de sus nacionalidades. Nos interesa destacar en este análisis, las primeras rupturas de los sistemas imperiales español, a inicios del s. XIX, y soviético, en 1991. El nacionalismo como ideología de los nue-

vos Estados en su versión más radical serviría para sellar y neutralizar cualquier intento de relación entre los componentes comunes distribuidos en diversos territorios de los imperios pasados así como una posible reunificación o alianza estratégica y geopolítica internacional.

La Nueva España constituía una parte de la monarquía policéntrica hispánica que se sostenía en un modelo de unidad federal, puesto que tenía un único poder soberano efectivo ubicado en los territorios peninsulares, en el que se consolidó la nación española en un sentido histórico. Durante el siglo XVIII, la Nueva España, había visto florecer su economía con la función de centro económico mundial con base en la producción de la plata y lugar de convergencia y distribución de las mercancías procedentes del Pacífico y del Atlántico. Con los conflictos imperiales entre las monarquías francesa, española e inglesa, la bajada de la producción de plata, posiblemente debida a la falta de mercurio, y las guerras civiles entre insurgentes y realistas terminaría su periodo de apogeo favoreciendo indirectamente el predominio hegemónico industrial y mundial de Gran Bretaña, que a finales del siglo XVIII e inicios del XIX había llevado a la práctica una agresiva política exterior, en ocasiones llamada capitalismo de guerra, mediante la cual pretendía hacerse con el control de las rutas comerciales, tierras y fuerza de trabajo, así como de obtener el acceso a la plata de la Nueva España, objetivo fundamental en el proceso de compra de telas de algodón en la India utilizadas para la compra de esclavos en África (Tutino, 2016).

La monarquía hispánica con la intención de fortalecer la unidad imperial para hacer frente a las amenazas externas en sus dominios americanos fue socavando la interdependencia económica que existía entre todos sus territorios de modo que se terminaría desembocando en una lucha competitiva por la participación en los mercados y por el autoabastecimiento de cada uno por su cuenta, obligando a buscar equilibrios con potencias externas. La tensión internacional habría llevado a que la monarquía empe-

zase a ver sus territorios como colonias convirtiéndolos en moneda de cambio en los tratados internacionales (Martín, 2020). Este tipo de acciones provocaron preocupación en América que veía en ello una influencia y decadencia de los territorios europeos debido a la propagación de ideas francesas y la incursión del protestantismo (Mayer, 2008).

Por su parte, se puede decir que el imperio soviético integró a sus diversos territorios en una unidad federal en la que predominó la rusificación que se había iniciado en la segunda mitad del siglo XIX, heredera de una nación histórica rusa que no se dejaba reducir a componentes étnicos o raciales. De aquí se derivan planes metapolíticos como la *Ruskaya ideia* (idea rusa) de la que habló Vladímir Soloviov (1853-1900) como un ideal cristiano a reconstruir en la tierra (Soloviev, 2009: 137-183). A partir del fallecimiento de Stalin, la URSS daría un giro radical abriendo un periodo de «coexistencia pacífica» con el capitalismo estadounidense que terminaría por infiltrarse haciéndole renegar de los éxitos sociales alcanzados para abrazar el orden liberal en la búsqueda de una mayor rentabilidad en los sectores de producción. Esta injerencia fue perceptible claramente en la última presidencia soviética de Mijaíl Gorbachov (1988-1991), lo que llevaría a la fragmentación y, en poco tiempo, a la dependencia económica y la desindustrialización (Ramón, 2022: 292; Canales, 2019). Sería el nacionalismo ruso, dirigido desde el exterior, el principal factor de la desintegración con la proclamación de la soberanía de las leyes rusas sobre las soviéticas. Con la ayuda de EE.UU., que suministró información secreta al presidente ruso Boris Yeltsin, y de las cámaras de televisión, el intento de golpe de estado de agosto provocaría un auge del nacionalismo en los territorios soviéticos que terminaría pocos meses después en el Pacto de Belavezha (8 de diciembre de 1991) con el que Ucrania, Bielorrusia y Rusia decidían disolver la URSS (Veiga, 2022) siendo ratificado por el resto de repúblicas soviéticas días después en el

Protocolo de Amá-Atá que daría lugar a la creación de la Comunidad de Estados Independientes (CEI).

1. EL NACIONALISMO Y LA CONSTITUCIÓN DE LA NACIÓN MEXICANA

El nacionalismo hay que entenderlo como una ideología que iría fraguándose a lo largo del siglo XIX para legitimar a los nuevos Estados surgidos tras los conflictos imperiales de inicios del siglo que dieron la victoria y primacía hegemónica a Gran Bretaña.

La nueva categoría política de nación surgida a raíz de la Revolución francesa y de la fragmentación de la monarquía hispánica —por diversas causas y contradicciones en el modo de reconfigurar la unidad de la nación histórica— daría lugar a la organización estatal a partir de un principio racionalizador de tipo atómico que rompería con el organicismo del Antiguo Régimen. En la configuración de los nuevos Estados con base en poderes gubernamentales, territoriales y defensivos, comenzaría a cobrar significado el concepto de ciudadanía, objeto del nacionalismo que iría filtrando y seleccionando sus contenidos para marcar diferencias respecto a los demás Estados en un contexto en el que desde la segunda mitad del siglo XVIII venía incrementándose la propaganda racista de ciertas élites para justificar sus privilegios e intereses económicos así como también a lo largo del siglo XIX tendrá un gran impacto como instrumento argumental el racismo científico. No hay que entender sustentada la nación política en un sentido individualista, como lo hicieron ciertos ideólogos girondinos en el trascurso de la Revolución francesa, puesto que remite a una comunidad política que tiene como unidad el Estado-nación. Una de las características fundamentales del nacionalismo va a ser su capacidad para generar una serie de mitos históricos sobre los orígenes fundadores del Estado-nación dirigiéndose hacia el pasado para identificar a la nación como preexis-

tente a los procesos constitutivos del siglo XIX, justo en un momento en el que después del periodo revolucionario aparecería normativizada la ruptura y desigualdad de las metrópolis, sujeto del nacionalismo, respecto de las colonias.

La ideología del nacionalismo hay que verla como externa al propio desarrollo interno del Estado de la monarquía hispánica y ligadas a las nuevas legitimaciones impuestas por el imperialismo liberal. La estructuración política de la monarquía tuvo como unidad la *civitas*, donde se organizaban las instituciones y leyes para su civilidad, tejiéndose a lo largo de todo el imperio una densa red de ciudades autónomas e interrelacionadas, con estatutos y derechos propios (privilegios), y unidas bajo la soberanía común de la monarquía (Pérez, 2018). De este modo, los nacionalismos decimonónicos se convertirían en las ideologías que, para el mundo hispánico, iban a fundamentar su fragmentación mediante el proceso de hipostasiar los caracteres de la nación, cuyos límites eran los del nuevo Estado, borrando toda conexión con la anterior nación histórica española. Este proceso es perceptible ya, por ejemplo, en 1830, cuando el agente estadounidense Joel Roberts Poinsett, primer embajador en México, agita el nacionalismo mexicano difundiendo la idea de un posible complot «*españolista*» en referencia a los españoles peninsulares. En aquel proceso de agitación de odios, dos años antes, el 4 de diciembre, se había producido en el famoso mercado del Parián, donde todavía trabajaban muchos españoles peninsulares, el conocido como Motín de la Arconada. El Parián había sido símbolo de la riqueza comercial concentrada en la Nueva España durante la segunda mitad del siglo XVIII, y que no sólo fue accesible para las élites sino también para toda la población (Yuste, 1995: 87-99). El Motín se produjo tras golpe de Estado, que por primera vez anulaba unas elecciones en el nuevo Estado mexicano en proceso de formación y consolidación, comandado por el partido

federalista, influido por agentes estadounidenses, al frente del que estaban Santa Anna, Lorenzo de Zavala, Vicente Guerrero y José María Lobato que en poco tiempo terminarían por entregar más de la mitad del territorio nacional a los Estados Unidos. Escribía Poinsett en una carta el 22 de febrero de aquel año: «El general Guerrero, que será el próximo presidente, si es que vive, me ha hecho grandes ofrecimientos; pero yo no renunciaría a mi país para convertirme en emperador de México» (Fuentes, 1964: 182).

Dentro del nuevo orden liberal se generaron los relatos históricos nacionales de las Repúblicas americanas y de la España peninsular que han llegado hasta nuestros días. Ahora bien, este nacionalismo que encubre y rechaza la anterior identidad española de la monarquía hispánica, quedó incorporado al sistema imperial diseñado desde Gran Bretaña, primero, y desde Estados Unidos, después. El factor racial jugaría un papel muy importante en la configuración del nacionalismo de modo que, para el caso de México, lo importante era remarcar el carácter nórdico de la nación, en referencia a los imperios liberales —blancos— del siglo XIX, y desde la España peninsular el carácter europeo —blanco— de la misma. Es la síntesis ideológica a la que llega el presidente estadounidense Theodore Roosevelt, en el contexto del nuevo impulso dado a la Doctrina Monroe conocida como Corolario Roosevelt (1904), de la descendencia germana común a todos los pueblos civilizados, la familia teutónica. En este sentido, el historiador mexicano Manuel Orozco y Berra (1816-1881) sustituiría el mito evangelizador del apóstol Santo Tomás en tierras prehispánicas por el mito monogenista del origen nórdico de Quetzalcóatl, y Ortega y Gasset advertía que para convertir a España en una gran nación debía mostrarse conectada con las razas germánicas del norte de Europa (Zea, 1988: 93). Se puede citar también los esfuerzos del mexicano Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) por crear una literatura nacional

demostrando que México no sólo tenía sangre germana —para lo que se solía aludir al descubrimiento de América por parte de los vikingos o de grupos nórdicos— sino que podía homologarse en sus creaciones literarias a las naciones del norte de Europa.

Este nacionalismo decimonónico que buscaba identificarse con las élites blancas de los imperios liberales para marcar diferencias respecto a los esclavos y la servidumbre, dio paso en el siglo XX a un Nacionalismo revolucionario, en un contexto interno en el que se dio un fenómeno de ampliación de la sociedad política, extendiéndose mecanismos de consenso en determinadas áreas y círculos sociales, más o menos alejados de los vértices de las élites políticas tradicionales. Esto se debió al aumento demográfico paralelo al proceso de urbanización que se vivió a finales del siglo XIX y que permitió la interacción de diferentes clases sociales (Jingsheng, 2018: 52). En el contexto internacional coincidió con las dos guerras mundiales y la posterior dialéctica imperial de la Guerra Fría. Desde el nacionalismo revolucionario, como reacción de los Estados periféricos del sistema imperial estadounidense, se pudo ejecutar tímidamente y por un corto espacio de tiempo la labor de fortalecimiento de la soberanía material que, en su dimensión ideológica apostaría, frente al carácter racial del orden liberal, por un integracionismo tanto a escala nacional como transestatal o continental, heredero de la idea de nación histórica de la Constitución de Cádiz y que tuvo una rica tradición intelectual en la primera mitad del siglo XIX en destacados personajes como: Vicente Rocafuerte, Lorenzo Vidaurre, José Antonio Miralla, José Miguel Ramos Arizpe, etc. El modelo económico empleado, pieza clave del desarrollismo, estuvo basado en la industrialización por sustitución de importaciones y estaría vigente hasta que empezó a entrar en crisis en la década de 1970.

Finalizado este corto pero significativo periodo de nacionalismos revolucionarios se afianzó de nuevo el sistema liberal hegemonizado

por EE.UU. que había logrado unificar en la defensa del mercado y la estigmatización del Estado, lo que se conocerá como el fundamentalismo democrático, tanto a la derecha liberal como a la izquierda socialdemócrata e indefinida —a veces llamada también «nueva izquierda»—, desvaneciéndose las diferencias políticas que a partir de entonces se organizarían de acuerdo a diferencias culturales, en un sentido antropológico. De este modo, se explica la sorpresa ante el cambio de rumbo de una «nueva izquierda» que había dejado de lado las anteriores luchas contra la desigualdad, la distribución del ingreso o la producción de los bienes públicos para concentrarse en elaborar toda una ideología cuyas preocupaciones fundamentales eran la autenticidad, el individualismo y el derecho a la diferencia (Escalante, 2015: 84). Acompañando a esta ideología disolvente y apolítica diseñada en los laboratorios sociológicos de la «nueva izquierda» en las universidades del imperio anglosajón se extendían los llamados Planes de Ajuste Estructural, renegociados entre el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional con cada Estado periférico para afrontar la crisis de deuda, lo que llevó al recorte del gasto público, la reducción del déficit, el control de la inflación, las privatizaciones y la apertura comercial sin restricciones. Estas políticas transformaron la estructura soberanista de los anteriores regímenes manteniéndolos en un estado de vicio interno con tendencias en dos direcciones:

- 1) hacia la inestabilidad y debilidad por el sostenimiento principalmente de una ideología apolítica identificada con multitud de proyectos liberales contraculturales en todo tipo de ámbitos y,
- 2) hacia la federalización metafísica en un Estado único global sostenido por la ideología globalista (López, 2022).

Un vicio que hay que entender en principio como dialéctica normal y constante dentro de cada sociedad política pero que, sin embargo,

cuando cobra fuerza e importancia hay que verlo favorecido y apropiado por causas externas ligadas al hegemon imperial actuante cuyas palancas de activación las podemos encontrar en multitud de instituciones transnacionales cuya sede territorial se encuentra en el país de salida, mientras que en el de llegada pasan a incidir y engrosar las filas de la sociedad civil, constituyendo los principales actores para el trazo de los mapas imperiales metapolíticos (Autor, 2022: 49). Estos planes, dirigidos por agentes externos (ongs, BM, FMI, plataformas digitales, iglesias, Fundación Nacional para la Democracia, Agencias de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, etc.) van a ir socavando las políticas nacionales, haciendo énfasis en un primer momento no ya en el desarrollo y fortalecimiento de la comunidad política sino por ejemplo en las naciones étnicas, sobre la base del etnodesarrollo, primer paso para el conflicto social separatista. Con el tiempo estos planes harían florecer toda una serie de proyectos contraculturales de carácter particular, segregacionista e identitario. Es interesante destacar de entre otros muchos documentos el Informe de la Comisión Mundial para la Cultura y el Desarrollo (1995) que, como señala Fernando Vizcaino (2004: 68), «sugiere, con un vigoroso consenso, modificar las políticas de la agenda internacional y emprender programas y acciones directamente con las culturas, aun si para ello es necesario poner en duda el concepto de la soberanía del Estado».

De este modo, Andrés Soliz Rada (2013), quien fuera ministro de hidrocarburos en el gobierno de Evo Morales en el año 2006, se preguntaba en 2012, en referencia a los proyectos liberales que estaban siendo acogidos en los movimientos indigenistas y que pretendían destruir a los Estados nacionales, «¿cómo proponer algo coherente desde visiones atomizadas por cientos de pluralismos, entrecruzados por cosmovisiones incompatibles entre sí?», respondiendo más adelante: «Los Estados nacionales, con el reconocimiento de los pueblos indígenas, no

dependientes de financiamientos foráneos, es el único escenario capaz de incorporar a la sociedad en su conjunto con los valiosos aportes del indigenismo». Este principio atomizador aplicado a las sociedades políticas periféricas del sistema imperial anglosajón buscaba el dominio y la subordinación según una visión mercantilista de las relaciones sociales que supeditaba la estabilidad de los Estados a los intereses económicos transnacionales utilizando para ello la ideología del imperio metapolítico: el democratismo globalista o, como se ha llamado también, el fundamentalismo democrático, es decir, un sistema político autoconcebido como incorruptible, puro y perfecto, tal y como se percibía, por ejemplo, la Iglesia católica en el contexto histórico medieval.

Tenemos dos ejemplos de esta ideología democratista aplicada al principio atomizador útil para el dominio y control del sistema imperial anglosajón, sobre todo, del bloque de países Hispanoamericanos englobados dentro de la geopolítica monroista del «espacio vital» estadounidense:

- 1) En el periodo de Entreguerras, pero también a partir de los años ochenta del siglo XX tenemos la idea de una república democrática pura, pacífica y reproducible a una escala étnica (monoracial) que tendría como objetivo desconectar del continente americano toda herencia política europea, otorgando primacía a «los pueblos originarios». De este modo, el presidente Woodrow Wilson, con su principio de autodeterminación de los pueblos, defendía la multiplicación del número de naciones (étnicas) en el mundo, ya que eso suponía extender una democracia pura que favorecía la paz, algo que tuvo entonces un fuerte impacto como factor desestabilizador de los imperios austrohúngaro y turco;
- 2) a partir de la década de los noventa del siglo XX comenzará su andadura el ideal del norteamericanismo, que es una especifi-

cación y concreción de los postulados de Wilson, con la intención de disolver a los Estados hispanoamericanos de México, Centroamérica y el Caribe, incluyendo a Canadá, dentro de un proyecto económico liberalizador liderado por EE.UU. Una ideología diseñada por Roberto A. Pastor (2012) que identificaba el origen común de la civilización norteamericana en esta extensa región con un supuesto imperio comercial y fluvial constituido entorno a Cahokia en la llanura del río Mississippi, cuatro siglos antes de la llegada de Colón al nuevo continente, que se extendía «desde Alberta a Nuevo México, en el poniente, y desde Pensilvania hasta el Golfo de México, en el oriente» aglutinando «4 millones de indígenas, organizados en 3 mil tribus, que hablaban hasta 2.200 idiomas».

2. TRADICIÓN INTEGRADORA Y SOBERANISMO MATERIAL

Para hacer frente a los periodos de agitado divisionismo (*stasis*) impulsado por Estados enemigos depredadores, los sistemas imperiales tanto español como ruso, de norma generadora e integracionista, elaboraron toda una doctrina política tendente a contener estos procesos de debilitamiento del Estado y de neutralización de la soberanía.

El sistema imperial español se puede sintetizar en la norma rectora metapolítica del lema «por Dios hacia el Imperio» en el que se sustentaba la tesis del «Doctor Eximio» Francisco Suárez (1548-1617) respecto a que la soberanía no era un poder absoluto sino supremo en lo temporal, *princeps autem pars est reipublicae*, que Dios la había cedido al pueblo y este a su vez la había delegado en la autoridad política que, en caso de ir en contra del bien común, podía acabar en tiranicidio. Esta idea se configuró como un antecedente de la doctrina del origen popular del poder que quedaría plenamente conformada durante la Revolución

francesa simultáneamente a la consolidación de la idea moderna de nación política. Es importante señalar también que Suárez no creía en una soberanía universal, marcando de esta manera los límites del imperio, sino que cada Estado debía ejercer la soberanía en su jurisdicción, regulando sus relaciones por el *ius Gentium* (Ramón, 2022: 244).

En el caso del sistema imperial ruso, la autocracia, la ortodoxia y el comunismo campesino (община и мир) serían tres aspectos fundamentales de sus tradiciones que se pueden detectar también impregnando muchas ideas y acciones del Imperio soviético (Fernández, 2016; Zinóviev, 1999). Por ejemplo, la idea de libertad del hombre estará sostenida en cuanto a su pertenencia a la comunidad, entendida también como la sociedad política, lo que llevará a constituir incluso una idea peculiar de socialismo ruso basado en la comunidad tradicional. A parte de la gran influencia ejercida entonces por las ideas de Suárez en Rusia, podemos ver, en Feofán (Teófanos) Prokopóvich (1681-1736) que llegó a ser un gran colaborador de las reformas de Pedro el Grande, aparecer también una serie de tesis sobre la autocracia a partir del Maquiavelo ruso del siglo XVI, Ivashka Peresvéto (¿-1550), quien propugnaba una estructuración de la nobleza sobre la base del servicio al Estado, sustituyendo lo que sería un patriotismo local, en el que la defensa del territorio ruso se relacionaba con las posesiones del linaje, por un patriotismo estrechamente relacionado con la lealtad al emperador, al zar (Novikova, 1997). Y esto nos lleva a relacionar esta idea de patria con la que sostuvo el benedictino Benito Feijoo (1777: 223), que se había convertido en el autor más leído en todos los territorios de la monarquía hispánica. Se expresaría en un sentido parecido al de Peresvéto, definiendo la patria como «a quien debemos estimar sobre nuestros particulares intereses, la acreedora a todos los obsequios posibles, es aquel cuerpo de Estado donde, debajo de un gobierno civil, estamos unidos con la coyunda de unas mismas leyes».

Durante el reinado de Pedro el Grande (1672-1725), el imperio ruso se extendería hacia Siberia por cuestiones comerciales, para alcanzar las riquezas de China y la India, pero que en última instancia tenían por objetivo establecer contacto con los territorios de la monarquía hispánica en la Nueva España, epicentro del comercio mundial. Para ello fue importante la secreta expedición de Vitus Bering (1681-1741) en 1703 y el descubrimiento de la ruta marítima de Ojotsk a Kamchatka entre 1714 y 1716, que serviría para proteger las fronteras orientales y establecer una plataforma en beneficio de los intereses comerciales rusos (Cárdenas, 1993: 26-27) hacia el Pacífico y América.

En otro discurso de Feijoo (1774: 200-216) podemos apreciar cómo resaltó la figura de Pedro el Grande, en detrimento de la de Luis XIV de Francia, destacando algunos aspectos del carácter civil y generador del imperio ruso, decía:

Hizo Pedro el Grande, que en un castísimo Imperio, llenó todo de la más refinada barbarie... cuyos habitantes rudos, indómitos y feroces... que solo parecían hombres en la figura, hizo buenos Soldados, hizo hábiles Generales por Mar, y por Tierra, hizo Pilotos, hizo Artífices para todo género de maniobras, hizo excelentes Matemáticos, Filósofos, Humanistas, Historiadores, Políticos, Cortesanos, Discretos, &c... haber extinguido los Strelizes, que eran casi toda la fuerza del Imperio, Milicia inobediente, y revoltosa, temida de todos sus predecesores, formando otra nueva, a quien dio Oficiales Extranjeros: haber despojado de la mayor parte de su autoridad al Patriarca, que siendo adorado casi como Deidad de aquella supersticiosísima gente, incomodaba mucho la Soberanía de los Zares, o la dividía con ellos: haber humillado el tiránico orgullo de los nobles, que a sus dependientes trataban como vilísimos esclavos: haber hecho conocer, y practicar a sus Vasallos varias virtudes Políticas, y Morales, de quienes ignoraban aun los nombres. A los ojos viene, que para hacer todo esto era menester una comprehensión, una capacidad inmensa, una fuerza de

espíritu robustísima, un valor en supremo grado heroico, una actividad infatigable, una política artificiosísima, un celo ardiente por la felicidad de aquel dilatadísimo Imperio. Tantas cosas insignes... en un reinado de veinte y nueve años... Supo este Príncipe hallar la mayor elevación en el mayor abatimiento: levantóse sobre todos los Reyes, bajando a igualarse con sus más humildes Vasallos... Raro espectáculo fue para el Mundo... Un Emperador de la Rusia haciendo el oficio de Tambor en la Tierra, y el de Grumete en el Mar. Pero otro espectáculo más raro voy a proponer. Pásmense todos los Príncipes existentes, y venideros, de que ese mismo Emperador de la Rusia, por aprehender la construcción de los Navíos, y enseñarla a sus Vasallos... excediéndolos a todos en el afán de trabajo... madrugando muy de mañana al astillero en hábito humilde con el hacha debajo del brazo, y ocupando todo el día en aquella tarea con tanto ardor, como si pendiese de ella su vida... Sólo le faltó a este grande hombre una hazaña superior a todas las que logró, que fue plantar la verdadera Religión en sus Reinos.

Muy alejados de estos Estados y sistemas imperiales de tipo civil estarían los imperios liberales sucesores a partir del s. XIX en los que predominarían una serie de esquemas como metrópoli/colonias de tipo jurídico, civilización/barbarie de tipo ideológico, o centro/periferia de tipo económico, y que desde el siglo XX se serviría de las ideologías nacionalistas para destruir Estados rivales, sirviéndose por ejemplo, de entre otros, de herramientas conceptuales como el principio de autodeterminación. La característica principal de los imperios liberales sería, como ha señalado Josep Fradera (2015) desde un punto de vista jurídico, las «*dobles constituciones*» que comprendían la existencia de diferentes marcos legislativos para la metrópolis y las colonias. El origen de este modelo se puede rastrear en las revoluciones de las trece colonias y la francesa, cuando se reivindicó la igualdad política entre todos los hombres. Sin embargo, el concepto de «hombre» se

refería, en aquel contexto, a un individuo libre en un mundo de esclavos y descendientes de esclavos que arrastraban el pesado estigma de su infame condición. Una vez concluido el periodo revolucionario jacobino que había buscado la plena igualdad, incluida la de los esclavos, se aplicaron estas reglas de especialidad que abrieron un periodo de fuertes desigualdades.

Esta diferencia entre modelos imperiales, unos con tendencia hacia la unificación en un cuerpo de nación y, otros basados en las leyes especiales entre metrópoli/colonias explica por qué el divisionismo nacionalista debe ser entendido como inserto en un orden liberal y no como una reminiscencia del Antiguo Régimen (Ramón, 2022: 117-121). Debido a esto, la duración histórica del proceso colonizador iba a ser asombrosamente corta, mediando de la colonización a la descolonización alrededor de unos ochenta años (Comellas, 2016). El colonialismo será en gran parte consecuencia de la consagración de las grandes potencias liberales. Se tenía el «sagrado deber del hombre blanco» de civilizar poco a poco a aquellos pueblos atrasados y llevarlos hacia la adolescencia histórica. Si en el capitalismo central quedaba concentrado el capital industrial y financiero, su periferia adoptaba la forma de colonias con sus economías totalmente dependientes y sometidas a los dictados del centro. En este corto periodo la fiebre glorificadora de la misión civilizadora del hombre blanco sería denunciada por John Hobson en 1902 con su obra *Imperialismo*, suscitando un fuerte escándalo al señalar «*los sucios intereses que [con la excusa de la] civilización y beneficencia [movía a los] imperios*». Esta crítica, que tuvo muy poca aceptación en su contexto, sería retomada por el comunismo soviético, que no tuvo reparos en fomentar la descolonización (o liberación nacional) como modo de lucha frente al orden liberal anglosajón al mismo tiempo que fortalecía su carácter soberanista y autocrático.

La autocracia se fue consolidando como reacción a lo que se conoce como los «*tiempos turbios*» o *смыта* que originariamente fue un periodo de vicios internos e intervenciones extranjeras que vivió Rusia entre 1598 y 1613 y por el que se extrajo la lección de que la alternativa a la autocracia era un permanente caos con intervenciones extranjeras (Poch, 2018). La *смыта* o fragmentación y divisionismo supondría una constante tensión y alerta en la historia del sistema imperial ruso tanto en su versión zarista como en la soviética. La diferencia entre el imperio español y el imperio ruso es que aquel perdió su soberanía, se fragmentó y desapareció como Estado mientras que el imperio ruso no perdió totalmente su soberanía y, por tanto, su Estado permaneció.

3. UCRANIA, LA IDEOLOGÍA BANDERISTA Y EL GUERRACIVILISMO

Ucrania, aunque no contaba con unas fuerzas armadas propias, había destacado dentro de la URSS por su industria armamentística y por la investigación científica militar. En el ramo económico posee una de las tierras más fértiles del planeta y dispone de una importante variedad de minerales. Estados Unidos apoyó la independencia y favoreció la identidad nacionalista de las exrepúblicas soviéticas, sobre todo de Rusia y Ucrania puesto que de esta manera se hacía imposible su reunificación a pesar de la gran interdependencia que existe, todavía tiempo después, entre ambas.

De las «Revoluciones de colores» hasta el «Euromaidan» (2013) que desembocó en una guerra civil, el divisionismo y el conflicto organizado por entidades transnacionales marcaron las dinámicas políticas en un contexto interno inestable y debilitado ya desde el incidente de Chernobil (1986) y la acogida del democratismo globalista por el último presidente soviético Mijaíl Gorbachov (1990-1991) que le llevó a hablar de la «*casa común europea*» y la «*vuelta al seno de la civilización universal*».

Lo que se ha podido apreciar en Ucrania en las últimas décadas ha sido una difícil consolidación nacional debido a su encrucijada entre dos polos imperiales, el anglosajón y el ruso. La mayor y normal identificación con el ámbito ruso que se ha podido constatar en la Ucrania postsoviética, por ser área de expansión natural y antiguo territorio ruso y de la URSS, llevó a la intervención extranjera anglosajona a partir de la guerra híbrida utilizando para ello diversos agentes (ONG, multinacionales, partidos, etc.) ligados a instituciones internacionales financieras (USAID) y militares (OTAN, redes stay-behind, CIA, MI6, etc.).

De este modo se fue diseñando en un primer momento la Revolución Naranja (2004) a través de diversas instituciones transnacionales coordinadas por la NED (National Endowment for Democracy) —fundada en 1983 para expandir el democratismo globalista— y el US Institute of Peace, como los institutos Nacionales Demócrata y Republicano para los Asuntos Internacionales (NDIIA y NRIIA), Freedom House, Open Society, Albert Einstein Institution y la USAID, y posteriormente, en un segundo momento, la conocida como rebelión del Euromaidan (2013) que terminó en una guerra civil. El objetivo final fue derrocar al gobierno de Yanukovich, presidente ucraniano en el periodo 2010-2014, que había rechazado el Acuerdo de Asociación con la Unión Europea poco antes de la cumbre de la Asociación Oriental en Vilna de 2013 (Veiga, 2022). Yanukovic había hecho su primera visita oficial a Bruselas y no a Moscú, con el objetivo prioritario de la integración en la Unión Europea, sin embargo, las condiciones no fueron del todo satisfactorias para los intereses ucranianos.

El contexto en el que se va a constituir la Ucrania independiente coincide, como hemos señalado anteriormente, con un momento en el que las diferencias políticas se desvanecen, en el contexto de los países integrantes del orden liberal, para dar paso en cada Estado a polarizaciones de la sociedad centradas en diferencias culturales. Estas diferen-

cias culturales, a su vez, eran impulsadas desde instancias transnacionales que diseñaban proyectos considerados sustitutos de los planes y programas nacionales. Se consideraba como la verdadera planificación que llevaría hacia la paz mundial dentro de un único Estado global liderado por Estados Unidos. Paradójicamente, así como suele decirse que, la URSS murió de éxito por haber logrado alcanzar el pleno empleo a través de una racionalización anatómica que tenía como marco los Estados integrantes de la federación, así el periodo (neo)liberal en fase terminal habría fracasado por su tendencia hacia la disolución atómica de los Estados-nación, en un plazo de tiempo muy corto, que algunos autores sitúan entre 1991 y 2001, fecha de los atentados de las torres gemelas, o entre 1991 y 2008, fecha de la crisis económica debida a la quiebra de Lehman Brothers.

El patriotismo local y el nacionalismo fraccionario o monoracial, ha sido una de las vías utilizadas para mantener subordinados en el orden liberal a los diferentes Estados, así como las privatizaciones, desregulaciones y desintervenciones lo han sido en el ámbito económico y militar para la pérdida de soberanía material. Aquí nos vamos a centrar en el aspecto ideológico, no menos relevante que los aspectos geopolíticos, económicos y militares, por cuanto supone uno de los instrumentos esenciales de control de las poblaciones y sus instituciones por parte del hegemon en expansión. En Ucrania, este tipo de nacionalismo empezó a hacer su aparición pública a partir de la Revolución Naranja (2004), cuando el nuevo presidente Viktor Yushchenko fue alzado por las instancias transnacionales estadounidenses, concediendo el título de héroe nacional a Stephan Bandera (1909-1959), miembro de los servicios secretos nazis y jefe de la Organización de los Nacionalistas Ucranianos (OUN) que encabezaría el gobierno formado tras la independencia ucraniana ante representantes nazis en la ciudad de Lviv en la primavera de 1941 (Meyssan, 2022a). Es justamente en esta

ciudad donde empezarían a proliferar entre las tiendas de souvenirs multitud de recuerdos turísticos repletos de parafernalia fascista vinculada a Bandera. Por su parte, el nuevo presidente Volodímir Zelenski (2019) se encargaría de levantarle numerosos monumentos, mientras se dedicaba a prohibir partidos políticos de oposición, censuraba canales de televisión o utilizaba los libros rusos como papel de reciclaje para las obras ucranianas.

La ideología banderista, inmersa en el pensamiento del nacionalista ucraniano Dimitro Dontsov (1883-1973), fundador de la OUN, hacía hincapié en que el origen de los verdaderos ucranianos era escandinavo y protogermano, y más concretamente, descendientes de los Varegos, una tribu vikinga de Suecia, es decir, vinculado a la idea racial decimonónica que ya hemos apuntado que primaba en el orden liberal (Meyssan, 2022b). Esta asociación quizás tenga su origen en las ideas del filósofo e historiador alemán Oswald Spengler, quien había exaltado en su obra, *La decadencia de occidente* (1918), la cultura nórdica, vikinga o germánica, a la que llamaba «cultura fáustica», aquella que había alcanzado la máxima perfección técnica gracias al sometimiento rapaz de otros pueblos debido al constante instinto vital de supervivencia.

El caso de Ucrania no es excepcional en Europa y existen multitud de ejemplos en muchos países, como en el este europeo, donde Letonia y Estonia, que entraron a formar parte de la Unión Europea en 2004, permiten la privación de derechos civiles a un porcentaje elevado de su población, un 36 % y un 25 % respectivamente (Veiga, 2022), hasta países de Europa occidental como España, donde los gobiernos separatistas extienden multitud de leyes discriminadoras de aquellos ciudadanos españoles que consideran diferentes. Este tipo de odios juega un papel fundamental para marcar diferencias culturales y para propiciar la desestabilización de países por medio de la polarización, el conflicto y, en definitiva, el guerracivilismo. No por casualidad, en las elecciones

ucranianas de 2012 quedó patente la brutal división política del país que parecía votar en función de la orientación étnica —como ocurre en ciertas regiones de España—. Es un tipo de odio que podría compararse al inducido en determinadas élites de las repúblicas hispanoamericanas, tanto hacia el pasado de la identidad española común en la monarquía hispánica, como hacia la actual España peninsular, así como el odio de determinadas élites eslavas occidentalistas hacia las tradiciones rusas, y como no, el odio del nacionalismo etnicista (monoracial) ucraniano de tendencia especialmente anti-rusa pero por lo general racista, que ha llevado a la desestabilización y a la guerra en Ucrania, impulsado, apoyado y financiado desde el exterior. Es un buen ejemplo indicativo de la situación el que, a partir del gobierno de Yushchenko, en la página web del Ministerio de Asuntos Exteriores de España se hiciera mención del problema de las agresiones racistas cuando se hablaba de recomendaciones de viajes, en las secciones, «Notas importantes» y «Seguridad: Zonas sin problemas», se decía:

Se recomienda viajar con extrema precaución y abstenerse de hacerlo por determinadas zonas. Se sugiere leer con atención el resto de estas recomendaciones de viaje. Habida cuenta del carácter violento de las protestas que tienen lugar en la ciudad de Kiev, con enfrentamientos que han derivado en centenares de heridos y varios muertos, se recomienda evitar el centro de la ciudad: concretamente la plaza Maidan (Nezaleznosti), la plaza de Europa, la calle Khreshchatik, la calle Hrushevskoho, la calle Institutska, la calle Bankoho, la calle Liuteranska y zonas próximas. Además se recomienda mantenerse alejado de aglomeraciones y manifestaciones que puedan desarrollarse en otros puntos de la ciudad, no acercarse a grupos de personas desconocidas y extremar en todo momento la prudencia. [...]

Hasta hace unos meses eran prácticamente todas, sin embargo, en el último año y medio se han venido repitiendo, sobre todo en Kiev, agresiones de carácter xenófobo. Suelen ocurrir los fines de semana. Se recomienda tener

especial precaución si se desplaza uno solo, aunque se trate de las calles más céntricas de la capital, una vez que ha oscurecido, que no se haga ostentación de dinero y se presta especial atención a grupos jóvenes. Los ataques no van precedidos de ningún tipo de confrontación o advertencia, son muy violentos y no tienen por objeto el robo, tan sólo la agresión.

Desde diversas instancias, siguiendo las condenas del presidente ruso Vladimir Putin, se ha considerado a estos movimientos, facciones y grupúsculos que empezaron a emerger en Ucrania como fascistas, nazis o neonazis. Vamos a intentar aclarar esta cuestión.

CONCLUSIÓN: ¿NEOFASCISMO O NACIONALISMO?

De entre la historiografía más reciente sobre el neofascismo, muy acusada en las últimas décadas, podemos citar dos autores: el británico Roger Griffin y el italiano Enzo Traverso. Griffin participó de los renovados estudios sobre el fascismo a finales del siglo XX e inicios del XXI con obras como *The Nature of Fascism* (1991), *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus* (1998) y *Fascismo y Modernidad* (2007), en los que se destacaba, entre otras cosas, el carácter moderno y revolucionario del fascismo. Griffin señalaba entonces que había sido muy común ocuparse del fascismo en su contexto de entreguerras, pero haciendo caso omiso a sus evoluciones de posguerra, tratando, en todo caso, al neofascismo como una especie de epílogo de la historia principal. En todo caso, las tendencias posmarxistas o posmodernas desde la década de 1980 continuaron la tradición de la idea fascista asociada a una afección psíquica de la Escuela de Fráncfort por lo que veían una continuidad del fascismo en todo fenómeno de racismo, xenofobia, islamofobia o cualquier tipo de discriminación. En la actualidad, el debate periodístico y académico universitario sobre el vasto campo de elementos que giran en torno al neofascismo ha tendido a centrarse en la distinción entre

neofascismo y derecha radical populista. No existe un consenso sobre este aspecto, considerando unos, ambas corrientes como equivalentes, y otros, como el caso de Griffin, distintas.

Para Griffin, la definición más acertada de populismo nos la ofrece el perspicaz análisis de David Goodhardt en *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics* (2018), planteando que la fuerza motriz del populismo no es el anhelo fascista de un ultranacionalismo sino que lo es la sensación de amenaza existencial que procede de las oligarquías del mundo moderno, de ser extranjero en tu propio país. A estos grupos y sectores de población, clases medias y populares, que defienden la democracia y los derechos humanos para los nativos de una identidad cultural y nacional en la que no vale contabilizar ningún tipo de contaminación externas, los clasifica como creyentes en «*algunos lugares*» (*somewhere*) o incluso como un «*liberalismo etnocrático*». Estos grupos serían la cara opuesta de los que clasifica dentro de «*cualesquiera lugares*» (*anywhere*), aquella población conformista y cómoda con el cosmopolitismo posmoderno hecho a la medida de unos cuantos privilegiados (Griffin, 2019). De acuerdo con esta línea argumentativa, seguida por multitud de autores de entre los que cabría citar por ejemplo a Roger Eatwell, Mathew Goodwin, Joel Kotkin, Lichel Lindt, Adriano Erriguel, Christophe Guilluy, Jean-Claude Michea, etc., hay que diferenciar el populismo, tanto ideológica como psicológicamente, del fascismo.

A falta de una definición más precisa, clara y distinta de neofascismo, recurrimos a la que nos ofrece Griffin, basada en el fascismo histórico resaltando, por un lado, las tentativas totalitarias y, por otro lado, tanto al racismo con «*esperanzas palingenésicas*» como al secularismo: «el fascismo no puede ir más allá de sacralizar unas políticas nacionalistas y racistas extremas, las cuales tienen sus orígenes en la sociedad rápidamente secularizada de la Europa del siglo XIX».

Para este historiador británico que identifica el fascismo con políticas nacionales y antiliberales, su fracaso hoy es evidente y el poco espacio que pudiera haber disponible lo ha ocupado el populismo radical de derecha que, al contrario, subordina las políticas nacionales al liberalismo.

Por otra parte, el historiador Enzo Traverso que en los últimos años ha venido trabajando diversos temas sobre las izquierdas (*Melancolía de izquierda*, 2016), las derechas (*Las nuevas caras de la derecha*, 2018), los populismos (*The New Faces of Fascism: Populism and the Far Right*, 2019) y las revoluciones (*Revolución: una historia intelectual*, 2022) entre otros, ha solido utilizar el concepto de posfascismo para englobar a los movimientos populistas mientras que, el concepto de neofascismo, será utilizado para identificar a los movimientos verdaderamente fascistas. De este modo, el posfascismo se refiere a gobiernos o movimientos autoritarios que no tienen orígenes propiamente fascistas pero que adoptan medidas o sostienen ideologías o planteamientos que se parecen al fascismo. En cambio, para aquellos movimientos que sí tendrían un origen en el fascismo se utilizaría el concepto de neofascismo. En este sentido, para Traverso, por ejemplo, los gobiernos de Jair Bolsonaro y de Donald Trump habrían sido posfascistas, mientras que partidos como el de Jean-Marie Le Pen, serían neofascistas.

En esta línea clasificatoria seguida por Traverso, según los análisis del caso ucraniano realizados por Thierry Meyssan (2022c), los grupos de paramilitares y agitadores impulsados en Ucrania por el imperio anglosajón serían neofascistas puesto que se logra encontrar algunas conexiones del fascismo histórico con los actuales movimientos, por ejemplo, se señala que el exlugarteniente de Bandera quien sería primer ministro ucraniano nombrado por los nazis, Yaroslav Stetsko, habría fundado el Bloque de Naciones Antibolcheviques (ABN) que se convertiría en el pilar de la Liga Anticomunista Mundial (WACL) creada

por la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Uno de los colaboradores del ucraniano sería Lev Dobriansky que trabajó como embajador de EE.UU. en las Bahamas. Su hija, Paula Dobriansky fue subsecretaria de Estado para la democracia en la administración de George Bush hijo (2001-2009) y se dedicó, durante diez años, a financiar estudios sobre el mito del Holodomor para fomentar el odio y la leyenda negra hacia los rusos y la URSS. Sorprende, además, que Paula Dobriansky tuvo el cargo de vicepresidente de la NED en el momento de la rebelión del Euromaidan. Es interesante señalar que el mito del Holodomor, desmontado por el canadiense Douglas Tottle en su obra *Fraud, Famine and Fascism. The Ukrainian Genocide Myth from Hitler to Harvard* (1987), ha sido una herramienta fundamental para agitar el odio antirruso por parte del orden liberal anglosajón, existiendo multitud de ejemplos a los que se puede acudir para ilustrar este fenómeno, de este modo, resulta significativa la propaganda antirrusa vertida en numerosos periódicos de su época por el magnate estadounidense y simpatizante nazi William Randolph Hearst (1863-1951) con títulos como «El horror de Ucrania» en *Daily Express* (6 de agosto de 1934) o «Seis millones de muertos por el hambre en la Unión Soviética» en el *Chicago American* (18 de febrero de 1935). La máxima de Hearst era «*I make news*» («hago noticias») con la que inventaba noticias para acaparar la atención de las masas, además, destacó por ser, junto a Josep Pulitzer, el instigador igualmente del amarillismo periodístico antihispano en *The Sun* y en *New York Herald*, a raíz del *casus belli* del hundimiento del acorazado Maine el 15 de febrero de 1898 que desencadenaría la guerra de Estados Unidos frente a España, dando lugar al conocido como Desastre Español (López, 2018).

Como ya hemos señalado, hoy las diferencias entre izquierdas/ derechas se han borrado en un sentido político, aunque continúan de un modo si cabe más acentuado en campos extrapolíticos, fundamentalmente culturales. Por esto, creemos que la distinción de Griffin se

ajusta más a la actualidad, no tanto por la definición que da de fascismo como por su carácter político hoy desaparecido y, en todo caso, por los elementos de tipo cultural recogidos en lo que llama populismo radical de derecha. En cambio, la distinción que hace Traverso, resulta interesante, puesto que la definición de posfascismo tiene un paralelo, e incluso convergencia, con la de posmarxismo tal y como la dibujó James Petras (1997: 35-47) en cuanto a la sustitución de la disolución de las clases por el identitarismo, constituyendo ambos, conceptos de tipo cultural de plena actualidad, desvinculados totalmente de lo que significó el marxismo y el fascismo como movimientos políticos en su contexto histórico. Sin embargo, su definición de neofascismo, a pesar de dichas conexiones, no dejaría de ser un posfascismo en un contexto de predominio cultural de los identitarismos. Es así como, llegamos a la siguiente conclusión respecto a si en Ucrania hay fascismo o neofascismo o se trata de otra cosa.

Siguiendo las posturas de diversos comentaristas y politólogos rusos, en Ucrania desde mediados de la década de 2010, el neofascismo habría conseguido de facto entrar en la vida parlamentaria hasta el punto de haberse extendido por todo el gobierno. Es a partir de este año cuando se prohíbe la enseñanza en otra lengua que no sea la ucraniana, habiendo 1.800 escuelas donde se imparten clases en ruso, 100 en rumano, 100 en húngaro y 4 en polaco. Las imputaciones a los grupos fascistas se centran en el auge de Svoboda (Libertad) que llegaría en 2013 a un acuerdo con la oposición para derrocar a Yanukochiv e imponer el ucraniano como lengua única oficial. Este partido obtuvo treinta y siete escaños entre 2012 y 2014 y ocupó brevemente tres puestos ministeriales en 2014, incluida la vicepresidencia, iniciándose el proyecto de «ucranizar a Ucrania». Ciertamente es que tanto Svoboda como el pequeño partido paramilitar Sector de Derechas tenían afiliados que recordaban con nostalgia el patriotismo militante

que llevó a la población a colaborar temporalmente en 1941-1944 con la Wehrmacht. Ciertamente es que los conflictos territoriales con Rusia exacerbaron la retórica del patriotismo militar y el auge del paramilitarismo nacionalista, eso sí, adquiriendo relevancia por su apoyo logístico y financiero externo de terceras potencias. Sin embargo, siguiendo a Griffin, en la práctica, por mucho que tengan lejanas raíces en el fascismo ucraniano, ambos partidos funcionarían como movimientos de la extrema derecha populista, más que del nacionalismo revolucionario fascista y, además, de acuerdo con Traverso, se trataría de partidos posfascistas, y añadimos nosotros, desconectados de todo componente político, encarnando más bien un tipo de nacionalismo identitario o cultural, mediatizado por la dialéctica de Estados e Imperios en la que vemos hoy el enfrentamiento entre diversos actores que, según las tesis de diferentes autores, tendrían como eje dialéctico principal EE.UU. frente a Rusia, EE.UU. frente a China o EE.UU. frente a Europa. Prueba de la desconexión con el fascismo histórico es la activa participación de Svoboda en las protestas pro-europeas y pro-liberales de 2013, así como su posterior apoyo a la ratificación del Acuerdo de Asociación con la Unión Europea. Para ilustrar esta situación, podemos remitirnos a los contrastes que describe Owen Hatherley (2022: 104) entre el Kiev stalinista y el de 2010:

La Kreschatik, en Kiev, es una Vía Triumphalis [soviética]. Un rediseño completamente nuevo de la arteria principal de la capital ucraniana tras su destrucción durante la Gran Guerra Patriótica. Sigue siendo una muestra casi completa de estética estalinista y de la paradójica preferencia de esta por la vida en la calle...

Bajo los edificios aparecen los obligatorios y magníficos pasajes abovedados que conducen a calles secundarias, menos llamativas. Durante nuestras primeras visitas a Kiev, en 2010 y 2011, estos espacios se habían convertido al capitalismo extremo; uno de los arcos, de tres plantas de

altura, estaba decorado con un anuncio de LG en inglés... Este fue uno de los aspectos peculiares de la primera fase de las insurrecciones de finales de 2013, conocidas como Euromaidan. Cuando los jóvenes manifestantes reclamaban convertirse en una parte «normal» de Europa, se manifestaban marchando por una calle decorada con lonas publicitarias gigantes de compañías de Europa occidental, las cuales eran, hasta cierto punto, impensables en cualquier calle de Europa occidental.

En definitiva, el conflicto ucraniano estalla por una serie de acciones llevadas a cabo por una élite minoritaria que desde el golpe de Estado del Euromaidan se hizo con el gobierno, propagando desde entonces toda una ideología considerada desde Rusia como neonazi o naofascista. Esta ideología cuyo origen hay que situarlo en la tradición liberal exclusivista anglosajona, muestra una parte de la conflictividad interna de Ucrania entorno a un nacionalismo monoracial y excluyente del resto de la población. Es importante tener en cuenta que estos nacionalismos fraccionarios que también se dan en otros países del globo están insertos en una problemática dialéctica interna a todo Estado, pero que no pudiendo compararse en potencia con la fuerza del mismo, solo pueden triunfar en caso de recibir apoyo externo de otro Estado. Esta es la tesis sobre el *hostis* (enemigo) del jurista Baltasar de Ayala (1548-1584), para quien el agente último de la destrucción de un Estado es el *hostis* identificado con un enemigo en la misma escala y no, por ejemplo, identificado con una rebelión interna que a lo mucho llegaría a una situación de guerracivilismo. Los rebeldes no pueden asumir una escala internacional, son parte del Estado y por esto Ayala rechaza el considerarles la calidad de enemigos:

Más como quiera que a los rebeldes no se les puede llamar enemigos (pues una cosa es el enemigo y otra es el rebelde), es más cierto que si movemos las armas contra los súbditos rebeldes, no tanto se diga que hacemos la

guerra como una ejecución de la jurisdicción y persecución de los rebeldes (Peralta, 1964: 90-91).

Al no constituir un conflicto internacional, para atajar una rebelión no haría falta la intervención de la máxima instancia del Estado sino la de cualquiera que tuviera jurisdicción dentro del mismo.

Desde una perspectiva geopolítica en la que se puede apreciar la dialéctica imperial y de Estados en la que se engloba tal conflicto más allá del guerracivilismo, desde unas coordenadas anglosajonas, podemos partir de lo expuesto desde inicios del siglo XX por el geógrafo inglés Halford Mackinder cuando expuso su Teoría del Heartland que decía: «Quien domina el este de Europa, domina Heartland, quien domina Heartland, reina en la ‘isla del Mundo’, quien domina la ‘isla del Mundo’, gobierna el mundo entero». Para Mackinder ser una potencia marítima como lo era el imperio anglosajón, permitía una mayor movilidad y, por tanto, acceso a recursos naturales, mientras que una potencia terrestre, si no logra un gran espacio vital cubierto de recursos naturales puede quedar aprisionada, sobre todo, en el caso de que existan multitud de mini-estados rodeándola con los cuales tener que llevar a cabo negociaciones y poner en juego los intereses respectivos. A partir de estos postulados geopolíticos, defendidos también por ideólogos estadounidenses como Zbigniew Brzezinski, Leo Strauss, Paul Wolfowitz o Robert Zoellick, el imperio anglosajón ha venido impidiendo un acercamiento entre la Europa occidental y la Europa Oriental, intentando mantener aislada a esta última, abandonando su tradicional postura aislacionista y creando para ello un cinturón de Estados subordinados al imperio anglosajón a través del control de una serie de oligarquías clientes más próximas al patriotismo local del que hablara Ivashka Peresvétov. Es así como el influente geopolitólogo Henri Kissinger (1994) escribía en un artículo del Washington Post lo siguiente, a partir del marco de la obsesiva estrategia de seguridad nacional estadounidense construida después de la Segunda

Guerra Mundial y que extendía por todo el mundo una red global de bases aéreas y navales:

Sin los Estados Unidos, Europa se convertirá en una península en el extremo de Eurasia, incapaz de encontrar el equilibrio y mucho menos la unidad, a riesgo de que poco a poco vaya desapareciendo en un papel similar a la de la antigua Grecia en relación a Roma. La única cuestión pendiente es si Estados Unidos o Rusia van a jugar el papel de Roma. Sin Europa, América se convertirá en una isla en las riberas de Eurasia, condenada a un simple ejercicio de balanza de poder que no reflejaría su genio nacional. Sin Europa, el camino americano sería solitario. Por ello América concluyó por dos veces en este siglo que el dominio de Eurasia por un poder hegemónico amenaza sus intereses vitales y fue a la guerra para impedirlo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Canales Garrido, Jaime (2019), *Génesis, Vida y Destrucción de la Unión Soviética*. Buenos Aires: Cienflores.
- Cárdenas, Héctor (1993), *Historia de las relaciones entre México y Rusia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Comellas, José Luis (2016), *Panorama del siglo XX*. Madrid: Rialp.
- Escalante Gonzalbo, Fernando (2015), *Historia mínima del neoliberalismo*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Feijoo, Benito Jerónimo (1774), *Cartas eruditas y curiosas* Tomo III. Carta XIX. «Paralelo de Luis XIV, Rey de Francia, y Pedro el Primero, Zar, o Emperador de la Rusia». Madrid: Imprenta Real de la Gazeta.
- Feijoo, Benito Jerónimo (1777), *Teatro Crítico Universal*. Tomo III. Discurso décimo. «Amor a la patria, y pasión nacional». Madrid: Real Compañía de Impresores y Libreros.

- Fernández Ortiz, Antonio (2016), *Octubre contra el Capital*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Fradera, Josep Maria (2015), *La nación imperial (1750-1918)*. Barcelona: Edhasa.
- Griffin, Roger (2019), *Fascismo*. Madrid: Alianza.
- Hatherley, Owen (2022), *Paisajes del comunismo*. Madrid: Capitán Swing.
- Jingsheng, Dong (2018), «Populismo en América Latina: un debate entre la teoría y la práctica». *Pensamiento social chino sobre América Latina*. Buenos Aires: Ed. CLACSO.
- Kissinger, Henry (1994), «Expand Nato Now». Washington Post, Diciembre 19. Disponible en: <https://www.washingtonpost.com/archive/opinions/1994/12/19/expand-nato-now/f1f0b4ed-56ee-4e5b-84ba-ae19a07a9997/> [Consultado el 10 de julio de 2023]
- López Rodríguez, Daniel Miguel (2018), «El libro negro de Federico. Crítica a Memoria del comunismo de Federico Jiménez Losantos». *El Catoblepas*, nº. 184. Disponible en: <https://www.nodulo.org/ec/2018/n184p02.htm> [Consultado el 5 de julio de 2023]
- López Rodríguez, Daniel Miguel (2022), *Historia del globalismo. Una filosofía de la historia del nuevo orden mundial*. Córdoba: Almuzara.
- Fuentes Mares, José (1964), *Poinsett. Historia de una Gran Intriga*. México: Jus.
- Martín Jiménez, Luis Carlos (2020), «Esquema para un análisis de la caída del Imperio español (1)». *El Catoblepas*, nº. 192. Disponible en: <https://www.nodulo.org/ec/2020/n192p01.htm> [Consultado el 23 de junio de 2023].
- Mayer, Alicia (2008), *Lutero en el paraíso. La Nueva España en el reflejo del reformador alemán*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Meyssan, Thierry (2022a), «¿Quiénes son los nacionalistas integristas ucranianos?». *Red Voltaire*, 17 noviembre. Disponible en: <https://>

- www.voltairenet.org/article218413.html [Consultado el 5 de julio de 2023]
- Meyssan, Thierry (2022b), «Ucrania: La ideología de los banderistas». *Red Voltaire*, 21 de junio. Disponible en: <https://www.voltairenet.org/article217354.html> [Consultado el 5 de julio de 2023]
- Meyssan, Thierry (2022c), «La alianza entre el MI6, la CIA y los banderistas». *Red Voltaire*, 12 de abril. Disponible en: <https://www.voltairenet.org/article216408.html> [Consultado el 5 de julio de 2023]
- Novikova, Olga (1997), *Rusia y Occidente. (Antología de textos)*. Madrid: Tecnos.
- Pastor, Roberto A. (2012), *La idea de América del Norte. Una visión de un futuro como continente*. Ciudad de México: Instituto Tecnológico Autónomo de México.
- Peralta, Jaime (1964), *Baltasar de Ayala y el derecho de la guerra*. Madrid: Ínsula Librería.
- Pérez Vejo, Tomás (2018), *Repúblicas urbanas en una monarquía imperial. Imágenes de ciudades y orden político en la América virreinal*. Bogotá: Planeta Colombia.
- Petras, James (1997), «El posmarxismo rampante. Una crítica a los intelectuales y a las ONG». *Viento Sur*, nº 31, marzo.
- Poch-de-Feliu, Rafael (2018), *Entender la Rusia de Putin. De la humillación al restablecimiento*. Madrid: Akal.
- Ramón Bravo, José (2022), *Filosofía del Imperio y la Nación del siglo XXI. Ensayo sobre el problema político de las Españas y las Rusias*. Oviedo: Pentalfa, Oviedo.
- Soliz Rada, Andrés (2013), *La luz en el túnel: las ideologías de la Izquierda Nacional Bolivariana*. La Paz: Publicaciones del Sur.
- Soloviev, Vladímir (2009), «La idea rusa» en *La idea rusa. Entre el anticristo y la Iglesia. Una antología introductoria*. Granada: Nuevo Inicio.

- (Autor, 2022), «Fricciones entre plataformas continentales: Norteamérica, inmigración y ONG's». [pdf] *Revista Metábasis*, nº 12. Disponible en: <https://metabasiselallogenos.files.wordpress.com/2022/06/metabasis00012047060.pdf> [Consultado el 30 de junio de 2023]
- Tutino, John (2016), *Creando un nuevo mundo. Los orígenes del capitalismo en el Bajío y la Norteamérica española*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Veiga, Francisco (2022), *Ucrania 22: la guerra programada*. Madrid: Alianza.
- Vizcaino Guerra, Fernando (2004), *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Yuste, Carmen (1995), «Alcabalas filipinas y géneros asiáticos en la ciudad de México, 1765-1785» en *Circuitos mercantiles, mercados y regiones en Latinoamérica, siglos XVIII-XIX*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora y Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Zea, Leopoldo (1988), *Discurso sobre la marginación y la barbarie*. Barcelona: Antrophos.
- Zinóviev, Alexandr (1999), *La caída del imperio del mal. Ensayo sobre la tragedia de Rusia*. Barcelona: Bellaterra.